Pu Song-Ling

El letrado Fung-yang

Traducción de Fabienne Bradu

Un letrado llamado Fung-yang había salido para un viaje de estudio que debía durar seis meses. Al cabo de diez meses no se había recibido ninguna noticia suya, y su mujer estaba preocupada.

Una noche, cuando ella se iba a dormir, advirtió una sombra en la persiana iluminada por la luna. Antes de que se hubiera repuesto de la sorpresa, la persiana se había levantado y una joven mujer de vestido morado, con perlas en el cabello, entró y le dirigió sonriendo la palabra:

—¿Quiere ver a su marido? Venga conmigo.

La pobre mujer vaciló.

—No tenga miedo, le dijo la joven, tomándola de la mano.

Y se fueron en la claridad de la luna. La joven caminaba de prisa y la mujer la seguía con dificultad porque le molestaban los zapatos. La joven le prestó los suyos, que le dieron alas. Al poco tiempo vieron al letrado, que venía hacia ellas montado en una mula blanca. Pareció muy sorprendido de ver a su mujer y se apeó con prontitud para hablarle.

—Iba a verte, dijo ella.

El señaló entonces a la joven, pero su mujer no tuvo tiempo de contestarle: la joven le tapó la boca riéndose y dijo:

—No le pregunte nada, está cansada, y usted también debe estarlo, como su montura. Vengan, pues, a descansar a mi casa; vivo muy cerca de aquí, y mañana seguirán su camino.

A algunos pasos de allí encontraron un pueblo y entraron en un patio. La joven llamó a una sirvienta:

—Hay claro de luna esta noche, dijo ella, y es inútil prender una linterna. Encontrarán en esta terraza bancos de piedra donde sentarse.

El letrado ató su mula al alero y se sentaron. Se había servido una colación.

—Ahora que después de tan larga ausencia se han reunido las dos fénix, dice la joven, permítanme beber a su salud.

El letrado se lo agradeció brindando a su vez y pronto la conversación tomó un giro amable, incluso juguetón. El devoraba con los ojos a la joven y no dejaba de decirle palabras cariñosas. Si, por accidente, su mirada encontraba la de su mujer, no se le ocurría ni siquiera una palabra fría que dirigirle. Los bellos ojos de la joven se enternecían, ella arriesgaba sobreentendidos llenos de promesas y la mujer, sentada en su rincón, fingía no entender nada. La conversación se hacía cada vez más familiar. Cuando la joven ofreció otra copa al letrado, éste dijo que ya había bebido lo suficiente. Ella insistió.

—La acepto, dijo él al fin, pero me tiene que cantar una canción.

Ella no se hizo del rogar y, acompañándose de un laúd que tocaba con una uña de marfil, cantó así:

"En el crepúsculo, ya sin galas,
La frescura del viento del oeste se filtra por la persiana,
Escucho un murmullo.
Una tras otra caen lluvias delgadas.
No tengo a quién ofrecer mi canto.
Mi pensamiento hiende las olas de otoño,
No lo veo volver.
Mis lágrimas llueven como la semilla del cáñamo.
En él pienso,
A él extraño.
Tirando en el aire mi zapato bordado de rojo,
Pregunto al destino si volverá."

—Esto no es, añadió ella, sino una canción popular, poco digna de usted, pero está de moda ahora y no puedo encontrar algo mejor.

La música era lasciva, el tono provocador, y el letrado se perturbó a tal grado que le costaba trabajo contenerse. Entonces, la joven fingió caerse de sueño; abandonó la mesa; el letrado se levantó y la siguió. Como tardaban en regresar, la sirvienta, cansada, se fue a dormir bajo la veranda. La mujer, ya sola, consumida por la humillación y el dolor, pensaba en regresar a su casa, pero la noche, ya sin luna, se había oscurecido y ella no se acordaba ya del camino.

*De *Contes étranges du Cabinet Leao*. Ed. Le Calligraphe, Paris. En *Vuelta* 20, julio de 1978, publicamos otro cuento de Pu Song-Ling (1640-1715): "La mujer de la túnica verde", en cuya presentación destacamos la vivacidad y concisión de Song-Ling y el ingenio con que inserta lo fantástico en lo realista.

Iba y venía sin saber qué hacer cuando se le ocurrió acercarse a la ventana. Escuchó, adentro, un ruido apagado que no le dejaba lugar a dudas y, al escuchar con más detenimiento, reconoció a su marido en sus recuerdos íntimos. Era el colmo; sus manos temblaban, su corazón latía con fuerza. No pudo quedarse allí y quiso salir para ocultarse en una zanja donde morir en paz. Fue cuando vio a su hermano San-leang que pasaba a caballo por el camino. Se bajó del caballo y luego que hubo escuchado lo que sucedía, entró al patio, junto con ella, lleno de indignación. La puerta de la casa estaba cerrada y se escuchaba, adentro, una especie de gorjeo: las dulces palabras en la almohada. San-leang tomó entonces una piedra de buen tamaño y la lanzó por la ventana, cuya baranda se deshizo en varios pedazos. Alguien gritó adentro:

—¡Se le abrió la cabeza! ¡Desgracia!

Con estas palabras, la mujer del letrado rompió en llantos:

—No te había pedido que lo mataras. ¿Qué va a ser de nosotros?

Pero San-leang le lanzó una mirada furibunda:

—Me has rogado que viniera; tuve piedad de tu desgracia. ¿Tomas ahora el partido de tu marido contra tu hermano? No estoy para aguantar los caprichos de una mujer.

Y quiso irse, pero ella lo detuvo por la camisa:

—Si no me lleva con usted, ¿qué va a ser de mí? Pero San-leang se zafó y la arrojó al suelo. Sólo entonces se despertó ella y se percató de que todo había sido un sueño.

Al día siguiente se quedó muda de sorpresa cuando vio a su marido de vuelta, montado en una mula blanca. Sucedió que él también, aquella misma noche, había tenido un sueño que concordaba punto por punto con el que su mujer le relató. San-leang llegó para ver a su cuñado; sus primeras palabras fueron:

—Soñé anoche que volvías, y hete aquí; esto me llena de asombro.

—Afortunadamente, le contestó Fung-yang sonriendo, no alcanzaste a matarme con tu piedra.

—¿Cómo supiste de la piedra?, dijo San-leang.

Los tres sueños coincidían; pero nunca se supo quién podía ser la joven.●

La vida (a)leve

EL OLVIDADO ARTE DE MIRAR Y ADMIRAR

El mosquito

No solamente nos maravillamos del Criador en la fábrica del cielo y de la tierra, del sol, del mar Océano, de los elefantes, camellos, caballos, onzas, osos y leones, sino también en la de otros pequeñitos animales como es la hormiga, el mosquito, la mosca y los gusanillos, y en todos estos géneros de animalillos, cuyos cuerpos conocemos más que los nombres dellos, y no menos en estas cosas que en las otras grandes veneramos la sabiduría y providencia del que los hizo. Pero a S. Agustín más admirable parece el artificio del Criador en estas cosas pequeñas que en las grandes. Y así dice él: *Más me espanto de la ligereza de la mosca que vuela, que de la grandeza de la bestia que anda, y más me maravillo de las obras de las hormigas, que de las de los camellos.* Y Aristóteles dice en el primer libro de las partes de los animales, que ningún animalico hay tan vil y tan despreciado, en el cual no hallemos alguna cosa divina y de grande admiración. Desto pone un singular ejemplo Plinio, maravillándose más de la fábrica del mosquito que de la del elefante. Porque en los cuerpos grandes (dice él) hay bastante materia para que el artífice pueda hacer lo que quisiere, mas en estos tan pequeños y tan nada, ¡cuán gran concierto, cuán gran fuerza y cuánta perfección les puso, donde asentó tantos sentidos en el mosquito, donde puso los ojos, donde aplicó el gusto, donde engirió el sentido del oler, donde asentó aquel tan temeroso zumbido, y tan grande, según la proporción de su cuerpo! ¡Con cuánta subtileza le juntó las alas, y extendió los pies, y formó el vientre vacío, donde recibe la sangre que bebe, donde encendió aquella sed tan grande de sangre, mayormente de la humana! ¡Con qué artificio afiló aquel aguijón con que hiere, y con cuánta subtileza, siendo tan delgado lo hizo cóncavo, para que por él mismo beba la sangre que con él saca! Mas los hombres maravíllanse de los cuerpos de los elefantes, que traen sobre sí torres y castillos, y de otros grandes y fieros animales, siendo verdad que la naturaleza en ninguna parte está más entera y más toda junta que en los pequeños. Hasta aquí son palabras de Plinio, el cual con mucha razón se espanta de tantos sentidos como tiene un mosquito.

Mas especialmente causa más admiración hallarse en él ojos. Porque espántanse los anatomistas del artificio con que el Criador formó este sentido tan excelente, con que tantas cosas conocemos. Pues ¿quién no se maravilla de que ese tan artificioso y delicado sentido haya formado el Criador en una cabeza tan pequeña como la del mosquito y de la hormiga? Tiene también muy vivo el sentido del oler, el cual experimentamos cada día a nuestra costa. Porque estando el hombre durmiendo en una sala grande, cubierto parte del rostro con algún lienzo por miedo dél, viene él dende el de la sala muy de espacio con su acostumbrada música y dulzaina, y acierta a asentárseos en la parte del rostro que está descubierta. Lo cual no es por la vista porque la pieza está oscura, sino por sólo el olor, que tan agudo es.

Pues aun otra habilidad de este animalillo diré yo, que experimenté. Asentóseme uno junto a la uña del dedo pulgar de la mano, y púsose en orden como suele, para herir la carne. Mas como aquella parte del dedo es un poco más dura no pudo penetrarla con aquel su aguijón. Yo, de propósito, estaba mirando en lo que esto había de parar. Pues ¿qué hizo él entonces? Tomó el aguijoncillo entre las dos manecillas delanteras, y a gran priesa comienza a aguzarlo y adelgazarlo con la una y con la otra, como hace el que aguza un cuchillo con otro. Y hecho esto, volvió a probar si hecha esta diligencia, podría lo que antes no pudo. Dicen del unicornio que habiendo de pelear con el elefante, aguza el cuerno en una piedra, y esto mismo hace este animalillo para herirnos, aguzando aquel su aguijón con las manicillas. Todo esto pues nos declara cuán admirable sea el Criador, no sólo en las cosas grandes sino mucho más aun en las pequeñas.

Fray Luis de Granada

Maravilla del mundo. Selección y prólogo de Pedro Salinas. Ed. Séneca, México, 1940.